

El camino del misterio de la salvación

Decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario
9 de julio de 1978

Zacarías 9, 9-10
Romanos 8, 9.11-13
Mateo 11, 25-30

Queridos hermanos:

Todos los domingos, el pueblo cristiano se reúne para alimentarse de la palabra de Dios y de la participación de la eucaristía. No separemos esos dos objetivos de nuestra misa dominical. No venimos solo a escuchar la palabra, sino que venimos a hacer que esa palabra se haga vida, se haga celebración. Palabra que se hace Pascua, palabra que se hace cuerpo y sangre de Cristo que nos redime y, por eso, hemos de llevar, en ese torrente de la palabra de Dios, lo concreto de nuestra vida, para que así nuestra eucaristía dominical no sea un acto paralelo a nuestra vida, sino que sea verdadera alma, verdadera fuerza, espíritu de nuestra propia vida, de nuestra propia historia.

Por eso, siempre tengo el cuidado de darles unos cuantos ejemplos de la realidad histórica que vivimos. No es esto salirme del marco de la palabra de Dios. Es una invitación a todos ustedes para que así como lo hacemos aquí el domingo, iluminando las realidades de la patria, los problemas del país, cada uno trate de iluminar también los problemas de su propia familia, sus propios problemas personales. Si somos cristianos, en esto se debe de conocer: en que nuestros criterios, con que iluminamos la

realidad de nuestra vida, no son criterios del mundo, criterios de egoísmo, criterios materialistas, criterios de odio, de venganzas; sino que son criterios de amor inspirados por Cristo.

Por eso, hermanos, las realidades que aquí se señalan luego las conducimos, iluminadas por esa palabra de Dios, al altar de la eucaristía, donde toda esta vida de nuestra patria, de nuestra familia, de nuestro propio ser individual, por más íntimo que sea, se hace sacrificio con la hostia y el vino, fruto de la tierra y del trabajo, el trabajo de toda la semana que traemos como manojos de espigas para nuestro altar. Son nuestras realidades las que queremos iluminar cada semana. Es hermosa, entonces, la misa del domingo porque vengo a traerle al Señor el fruto de mi trabajo, mis penas, mis esperanzas, mis fracasos, mis alegrías, mis tristezas; y todo es de Él. Casi le respondo a la palabra del Evangelio de hoy: “El que se sienta agobiado, cansado, con penas, con preocupaciones venga y yo lo aliviaré”. Y salimos de la misa verdaderamente saboreando que no vamos solos en la vida, que va con nosotros un poder divino que le da sentido a nuestro sufrimiento, a nuestras esperanzas y proyectos.

Mt 11, 28

Hechos de la semana

Así, queridos hermanos, en esta semana, por ejemplo, yo he esperado, con angustia y con esperanza, una respuesta a la angustia de la señora de Matsumoto. En todos los periódicos, se publicó el llamamiento de parte del arzobispo¹ que, haciéndose eco a ese sufrimiento, está seguro de que ha de llegar a aquellos que saben el paradero del señor Matsumoto. Dónde está y cómo está es lo que esta esposa desea saber con las manos abiertas a toda negociación posible de su encuentro con él. No es cierto que la familia haya cerrado la negociación. Ella está dispuesta a una negociación con tal de que sea posible, naturalmente. Y si las condiciones de carácter político, que los secuestradores ponían como precio de la libertad del señor Matsumoto, se volvieron insuperables por parte de quienes pudieron negociarlas, esta es de responsabilidad de los políticos, si no quisieron tratar las condiciones políticas; pero recuerden que, por encima de los

¹ Cfr. “El arzobispo de San Salvador a quienes saben del paradero del señor Matsumoto”, *La Prensa Gráfica*, 5 de julio de 1978.

intereses políticos de partido o de grupo, siempre tienen validez los sentimientos humanitarios, en nombre de los cuales esta esposa afligida se ofrece a la posible negociación.

Yo expreso también, en el llamamiento, que me duelen mucho la pérdida de la libertad y, quien sabe, si también de la vida, de aquellos que se han puesto como precio de la vida y de la libertad del señor Matsumoto². Pero por eso mismo, en nombre de una sana moral, yo repito un gran principio que se está olvidando mucho y que hay que tenerlo muy en cuenta en todos los órdenes de la moral: *non sunt facienda mala ut eveniant bona*³, se anuncia en latín. No se pueden hacer cosas malas para obtener cosas buenas. No se puede comprar ninguna libertad ni ninguna dignidad humana con el precio de otra libertad y dignidad inocente conculcada. No se puede pretender llevar un consuelo a las familias de los desaparecidos, sumiendo en la misma angustia a otra familia. Jamás se puede hacer un mal como medio para adquirir un bien. Cuando se dice que la Iglesia se ha hecho comunista, se olvida que este principio, que poco importa al comunismo, la Iglesia lo sigue proclamando. Los fines no justifican los medios. Por más bueno que sea un fin, nunca se puede poner un medio malo para adquirirlo. Esto tiene aplicaciones muy enormes; como digo, se han olvidado mucho en nuestro tiempo.

Qué alegría me dio cuando esta semana leía, en cambio, el conmovedor relato de aquel niño que les mencioné el domingo pasado, porque el Papa lo mencionó hace quince días en su alocución del medio día⁴. Mauro Carassale, niño de once años que se ofrece por su hermanito de quince, que lo llevan secuestrado y dice: “No lo lleven a él, está enfermo, llévenme a mí!”. Y estuvo desaparecido. Y esta semana, por fin, ha vuelto a su hogar. Y dicen que se había hecho muy simpático a sus secuestradores, que cuando se despidió de ellos le dijeron: “¡Perdónanos, Mario; perdónanos, Mauro!”.

² Las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) exigían la libertad de treinta y ocho presos políticos, como condición para liberar al señor Fujio Matsumoto. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 24 de mayo de 1978.

³ Se trata de un principio de la tradición de la teología moral, basado en Romanos 3, 8.

⁴ *Cfr.* “La bondad vence a la crueldad y la violencia”, Alocución de Pablo VI el 25 de junio de 1978, *L'Osservatore Romano*, 2 de julio de 1978.

Ojalá ese sentimiento humano que yo evoco al final de mi llamamiento con palabras del Papa hablando de otro secuestrado —Aldo Moro— le dice a sus secuestradores: “Dejadme que yo, intérprete de tantos compatriotas vuestros, pueda alentar la esperanza de que todavía se albergan en vuestros espíritus sentimientos de humanidad que al fin triunfan. Yo espero la prueba de ello rezando y también amándoos siempre”⁵. Siempre que hemos denunciado un pecado, un crimen, no lo hemos hecho sin amor. Con amor y con oración, esperamos que lo noble que queda en el sentimiento humano por más criminal que sea un hombre, siempre triunfará lo bueno. Y le pedimos al Señor, amando de corazón a los pecadores, que vuelvan de verdad a un camino más humanitario. Ojalá que estas palabras, que a través de la radio sé que llegan a muchos rincones, lleguen también a ese misterioso silencio donde se esconde el señor Matsumoto y podamos volver a sentir la alegría de un hogar que vuelve a la tranquilidad.

También está sin resolverse el desaparecimiento del doctor Eduardo Antonio Espinosa Fiallos, profesor de Medicina, de la universidad. Su familia pide o la libertad o que se le someta a un tribunal.

También sufrimos con doscientas setenta y tres familias sin trabajo en las minas de San Sebastián, donde se les ha prometido y no se les cumple. Ojalá el Ministerio del Trabajo se sienta más responsable de este conflicto laboral, como de otros, y vuelva también tranquilidad a estas gentes sin trabajo y sin comida.

Hemos visto también, con alegría pastoral, cómo resuena la voz en América Latina en el mismo sentido en que tratamos de hacer resonar la voz de la Iglesia en esta cátedra. Sesenta obispos en Bogotá han estado preparando, después de recoger la consulta de toda América Latina, el documento que servirá como base para el diálogo del episcopado que se reunirá en octubre, en Puebla. Y se han hecho ahí consideraciones muy enérgicas y críticas a la actual situación social, económica y política de América Latina. El episcopado de Colombia presentó un trabajo en que hizo un serio análisis de la situación de su país. Y estas vo-

⁵ Carta del papa Pablo VI a los “hombres de las Brigadas Rojas”, pidiendo la libertad del estadista italiano Aldo Moro, *L'Osservatore Romano*, 30 de abril de 1978.

ces, sin duda, se oirán en Puebla. ¡No pueden dejar de oírse! Cuando se dice, por ejemplo, la Iglesia colombiana responsabilizó a las clases políticas y económicas de la crisis que vive la nación, afirmando que las instituciones nacionales acusan marcado deterioro en su función, en la efectividad para cumplir la tarea que le corresponde en el sentido ético y con normas reguladoras. Dijeron también que los militares no han escapado a la crisis moral que agobia al país. Confesaron una tremenda crisis moral que se apodera de todos los sectores de la vida nacional. La mentalidad capitalista absorbe los valores cristianos que se desearía orientaran a la nación. De veras, como no solo gritar “¡peligro del comunismo!” es salvar a la patria. Es que le están haciendo el juego también al comunismo estas formas sociales, políticas, inspiradas en un capitalismo también, diríamos, ateo, porque adora como dios al dinero y al poder, y se olvida de que Dios es el Padre de todos los hombres.

La radio vaticana, también en esta semana, se refirió a una época difícil para las relaciones entre el Estado y la Iglesia, especialmente en América Latina, África y ciertos países comunistas. ¿Ven? Una perspectiva cristiana no solamente mira el peligro comunista, sino que mira también un peligro parecido en un anticomunismo no de inspiración cristiana, sino de inspiración egoísta; que ya desde los tiempos de Pío XII llamaba cómplice del comunismo también a ese falso anticomunismo⁶ de que tanto nos preciamos en ambientes como el nuestro.

“Ciertos regímenes —dijo radio vaticana—, ciertos regímenes autoritarios de América Latina les preocupa la obra que la Iglesia católica lleva a cabo a favor de los derechos humanos y de las clases menos favorecidas”⁷. Esto es tan cierto, hermanos, que donde quiera que haya un Evangelio que se predica unido a la promoción cristiana del hombre, allí surgirán conflictos. Basta una mirada por todo el continente latinoamericano. Donde se trata de predicar un Evangelio que reclama un reino de Dios más justo, ya en esta tierra, entre los hombres cristianos, allí surgen los conflictos, como acaba de suceder con el sacerdote asesina-

⁶ Cfr. Pío XII, *Col cuore aperto*. Mensaje radiofónico en la vigilia de la Natividad, 24 de diciembre de 1955.

⁷ “Vaticano dice son difíciles relaciones Iglesia-Estado”, *La Prensa Gráfica*, 3 de julio de 1978.

do en Guatemala⁸ por querer evitar que se lleven el agua de su pueblo para ir a surtir a la capital. Donde quiera que haya un esfuerzo por defender al pobre y promover al pueblo que deje de ser masa y se convierta en conciencia crítica, allí estorba la Iglesia. Por eso el problema de El Salvador es el problema de muchos países. Donde no se predica un Evangelio que provoque este conflicto, naturalmente, no hay conflictos, todo anda bien, como anda bien el Evangelio que predicán los protestantes cuando ellos tampoco quieren predicar un Evangelio comprometedor con el pueblo. Pero eso no es el Evangelio de aquel Cristo que se hizo hombre para sentir con los hombres la angustia y por los hombres subir también a un calvario.

En el discurso del señor presidente⁹, nos preocupa un tono predominantemente represivo y un silencio a las justas demandas de un pueblo que pide. Formalmente se ha pedido una amnistía, la derogación de la Ley de Orden Público —más bien queda ratificada—, el derecho de los campesinos a organizarse. En cambio, nos llenan de esperanza muchos conceptos de una filosofía de gobierno que, si se llevan a cabo, podían ser las puertas abiertas a muchos problemas del país. Por ejemplo, la filosofía de la verdadera paz sobre bases de justicia, libertad y verdaderas leyes; “la humanización de las riquezas” y el sentido de función social de la propiedad privada, imagnífico!; la participación de todos los salvadoreños en el servicio político del bien común; “respeto a la interdependencia de poderes”; “el hombre del campo como centro de gravedad de una política agraria”; perfeccionamiento de un sistema de justicia; “educación integral”. Me gustó mucho esto: “Migración a países amigos”. Yo creo que Dios no tiene la culpa. Dios ha hecho la tierra para todos y, si en El Salvador estamos hacinándonos, mientras hay países con tierras baldías, los hombres tienen que entenderse para que la población sea distribuida más justamente. Yo me alegro de este proyecto de migración a países amigos. “Desarrollo pleno de la persona humana”; “libre expresión del pensamiento”, etcétera.

⁸ El padre Hermógenes López fue asesinado en Guatemala el 30 de junio de 1978. Cfr. *Orientación*, 16 de julio de 1978.

⁹ “Mensaje al pueblo salvadoreño del señor Presidente de la República, general Carlos Humberto Romero, en su primer año de Gobierno” (1 de julio de 1978). Cfr. *La Prensa Gráfica*, 6 de julio de 1978. Los entrecomillados son subtítulos y frases del discurso.

Son ideas de las que podría decir Cristo, como al doctor de la ley: “Bien has respondido, haz eso y vivirás”. No habría conflictos en el país, de veras, si esas puertas se abrieran con toda la sinceridad de quien busca el bien común. Y allí es donde la Iglesia también ofrece aquella sana colaboración que el Concilio le pide. La Iglesia no se niega al diálogo y a la cooperación, solamente espera la sinceridad de los hechos y está dispuesta a dar toda la revelación, de que hoy precisamente queremos hablar basándonos en la palabra de nuestro Señor Jesucristo.

Lc 10, 28

GS 76

Vida de nuestras comunidades

Pero antes, quiero también referirme a la vida de nuestras comunidades. Quiero destacar lo que sucedió ayer a las dos de la tarde en una comunidad de padres jesuitas. En ocho vehículos y un camión, llegaron alrededor de cincuenta o sesenta miembros de seguridad fuertemente armados. La finalidad del operativo era la búsqueda de armas que, según ellos, había sido denunciada esa presencia de armas. Y por eso el operativo fue como quien va a sitiar una fortaleza militar. Con toda la cautela, los padres —que estaban en sobremesa después de almorzar— dieron toda clase de facilidades para el registro, adelantándose a mostrar las habitaciones de la casa. Se registró hasta el último rincón y no encontraron absolutamente nada. Los cuerpos de seguridad han tenido la oportunidad de verificar que estos sacerdotes realmente no tienen armas. Su fuerza, como la de todos los cristianos, reside en su fe y en su amor. Pero da pena pensar que se tengan estos gestos de desconfianza.

Queremos confesar con nobleza que los militares, que iban capitaneados por gente, se ve, muy entendida de esta clase de operativos, se portaron caballerosamente, si podemos llamar caballerosidad entrar con los fusiles como apuntando a enemigos. Sin embargo, pues, no hubo atropellos personales. Pero que quede constancia de que estos no son gestos que ganan confianza a la Iglesia. Y quiero felicitar a los padres jesuitas de esa casa por la serenidad y la franqueza con que supieron soportar esta nueva prueba de desconfianza a su trabajo, que yo aprovecho para ratificar la confianza plena de la Iglesia en todos sus sacerdotes; pero que con valor tienen que estar dispuestos a ser objeto de conflictos, de sospechas, mientras trabajen por la promoción auténtica del hombre como Cristo nos pide.

Quiero adelantarme también a felicitar a la comunidad de Tepecoyo, donde las hermanas de la Caridad han terminado una bonita iglesia que va a ser bendecida hoy a las 2:00 de la tarde.

Y a este propósito, yo hago una felicitación y transmito un saludo a todas las religiosas, tanto de los trabajos tradicionales de colegios, hospitales, como los trabajos pastorales directos de los pueblos, de parte del Prefecto de la Sagrada Congregación para religiosas¹⁰, cardenal Pironio, un obispo latinoamericano, de Argentina, a quien tuve el gusto de estrechar muy cariñosamente, —es un gran amigo— y me dijo: “Tres cosas son necesarias para que una comunidad religiosa sea auténticamente comunidad de esperanza de Iglesia: primera, que se preocupe mucho de amar a Jesucristo; segundo, que trate de ser fiel a los carismas de su fundación, a su espíritu de congregación; y tercero —esto es muy importante—, que se preste al trabajo de la Iglesia local. Una comunidad de religiosos y religiosas que pone su empeño en amar cada día más a Cristo y en ser fiel a la mística de su congregación; pero no solo eso, sino que sobre todo pone ese amor y esa mística al servicio del pueblo donde está trabajando, a la línea pastoral del obispo que conduce la comunidad arquidiócesana; dígales que estoy muy tranquilo de esas comunidades aunque las llamen comunistas, tercermundistas, etcétera”.

Este cardenal me contó también: “No te preocupes —me trata de tú como buen argentino y me dice—, a mí también me han llamado comunista. Me acaba de llegar un libro titulado así: ‘Pironio, pirómano’; incendiario, hombre comunista”. Le digo: me alegro de ese honor de que también allá nos llamen comunistas a los que, como usted, hemos tratado de hacer realidad en nuestra América esa documentación que fue inspirada por el Espíritu de Dios, Medellín, y que se está preparando para progresar en sentido de espíritu divino en Puebla.

Y a este propósito también, hermanos, olvidaba decirles que vuelvo de Roma con una invitación especial para asistir a Puebla¹¹, donde tendré el gusto de participar junto con los obispos que estudiarán, pues, estos problemas de América Latina.

¹⁰ Propiamente, Prefecto de la Sagrada Congregación para Religiosos e Institutos Seculares.

¹¹ Desde 1975, monseñor Romero era consultor de la Comisión Pontificia para América Latina y por eso fue invitado a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla. *Cf. L'Osservatore Romano*, 1 de octubre de 1978.

Finalmente, quiero decirles, ya en vísperas de nuestra fiesta patronal del Salvador del Mundo, que hagamos de estos días, días de intensa oración. Aquí la catedral se pone pintoresca, pero más que todo se pone fervorosa en estos días, vísperas de la fiesta del 6 de agosto. Vengamos a visitar al Divino Salvador, traigamos peregrinaciones y preparémonos, sobre todo, para celebrar el 6 de agosto con una hermosa concentración de comunidades, como el año pasado, allá en el parque, para honrar en nombre de toda la patria al Divino Salvador del Mundo. Y como un esfuerzo práctico en su honor, yo les pido una vez más, hermanos, que el esfuerzo que estamos haciendo por hacerle una hermosa catedral no desmaye. Gracias a Dios, sigue adelante y las líneas elegantes de la cúpula, que va a coronar este templo, ya se van destacando cada día más definitivas. La ayuda de todos, sobre todo en esta temporada de la fiesta de nuestro divino patrono.

Porque yo quiero presentar mi homilía como un camino del misterio de la salvación. Un camino que arranca de la iniciativa de Dios y que se explica como una redención integral en medio de los hombres, pero que solamente la pueden recibir los sencillos, los humildes, no los sabios según el mundo. Estas tres ideas, pues: la iniciativa de la salvación es de Dios; segunda idea, en qué consiste esa salvación; una salvación integral abarcando también al cuerpo, las relaciones sociales del hombre; naturalmente, lo primero su alma, su vida eterna, pero también la vida temporal; y tercera idea, dispongámonos, porque no todos reciben esa salvación de Dios; Cristo ha dicho: “Te doy gracias, Padre, porque has escondido esto a los soberbios y las has revelado a los humildes y a los sencillos”.

Mt 11, 25

La iniciativa es de Dios

La iniciativa es de Dios. La primera lectura es un canto bellísimo a la venida del rey. “Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén, porque tu rey viene a ti”. Es un rey que toma la iniciativa de venir a visitar a la humanidad. Y la humanidad se alegra no porque ella haya convidado a ese rey, sino porque el rey —como dice la sagrada Biblia— en esto conocemos que nos ha amado: en que, antes que nosotros lo amáramos, Él viene por nosotros. Y Cristo, en el Evangelio, nos habla del misterio escondido. No lo hubiéramos conocido, como no se conoce lo que está pensan-

Za 9, 9

1 Jn 4, 10

do otro hombre mientras mantenga en el misterio de su cerebro su idea, hasta que él por iniciativa propia dice: “Voy a decirles algo, les quiero comunicar un pensamiento, una opinión”; solo entonces sabemos lo que encierra el misterio del pensamiento del hombre. Así estaba también en Dios escondido, hasta que Él lo reveló, el misterio de la salvación. Y más claramente dice Cristo: “Porque al Padre no lo conoce nadie más que el Hijo, y al Hijo no lo conoce nadie más que el Padre y aquel a quien el Padre se lo quiera revelar”.

Mt 11, 27

Hermanos, mucho cuidado con la fe. La fe es un don gratuito. Dichoso el hombre que tiene fe; no la ha merecido él, se la ha dado Dios. Dichoso aquel que conoce a Cristo, porque nadie conoce a Cristo más que el Padre, y el que llega a conocer a Cristo ya es participante del pensamiento del Padre. Y aquel que sabe abrir sus labios para decir con toda conciencia y amor: “Padre nuestro que estás en los cielos”, dichoso porque tiene fe, porque sabe que existe un Padre que nadie conoce, si no es que el Hijo se lo ha revelado.

Mt 6, 9

Todos ustedes y yo, que hemos venido esta mañana a la misa porque vamos a ofrecer el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo, para aplacar al Padre por los pecados del mundo y atraer de Dios bendiciones para nuestra familia... Este conocimiento —nos podía decir Cristo ahora, como se lo dijo a Pedro— “no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Nadie tiene fe por propio mérito. Toda fe es un regalo de Dios. Agradecámoselo y no lo andemos exponiendo. Mucha gente está jugando con su fe diciendo: “Yo ya no creo, yo ya no tengo fe”. No lo dirías si no tuvieras fe. Desde luego que dices que no tienes fe, es porque sabes que hay fe y la quieres tener; y quererla tener, ya es tenerla.

Mt 16, 17

Pobrecitos aquellos que ni se les ocurre mirar al cielo siquiera por los rastros de la creación natural. Como decía Pablo hablando de los romanos, que aunque Dios no les haya revelado el misterio profundo de su personalidad divina, pueden rastrearlo por la creación y por la conservación del mundo. Son responsables, también, los hombres de vislumbrar siquiera una fe natural. Existe Dios. Desde luego que existe el sol, desde luego que cada año por un mismo tiempo van apareciendo las flores, las frutas. ¡Qué orden maravilloso! Existe un Ser que les da el orden y el ser a las cosas.

Rm 1, 20

Pero si además de eso, como dice el Concilio, Dios ha querido hablar como de amigo a amigo, y les ha dicho a los hombres que es posible entrar en contacto con Él y participar de su felicidad divina y hacer renacer en el corazón del hombre la esperanza de otra vida, que ya se hace presente también como reino de Dios en esta tierra. Trabajar por esa otra vida, trabajar por ese reino de Dios de más justicia, de más amor entre los hombres, trabajar por fe y no solo por política, trabajar por fe y no solo por reivindicaciones de liberaciones meramente humanas, trabajar con la convicción de que todo aquel que ya lleva la fe en su corazón ya es un liberado. Esto me lo explicaban maravillosamente allá en el Secretariado de Justicia y Paz en Roma, donde nos decían que hay que sembrar esta fe en el pueblo, aun cuando no lleguemos a mirar una liberación de orden social, político o económico. No es predicar un conformismo, pero es decirle al hombre que ya tiene fe, que ya es libre; que la palabra de Dios no está amarrada a ninguna esclavitud cuando se lleva amor y se lleva el sentido de esperanza y de libertad en el corazón; que nuestro pueblo salvadoreño a pesar de estar tan sufrido y tan oprimido, cuando despierte en su corazón la fe y la esperanza, ya es un pueblo libre.

Esta es la libertad que la Iglesia predica, hermanos. Y en este sentido, todos podemos salir libres, promovidos con la verdadera promoción, de esta catedral o de las comunidades donde la Iglesia nos invita a reflexionar en la palabra de Dios. La Iglesia no tiene un esquema, un sistema; no puede proponer una línea política, una organización popular. La Iglesia no le toca hacer eso. Y la organización popular que quiera decir a los cristianos que no son cristianos si no se hacen de FECCAS, de UTC, de ORDEN o de cualquier organización están mintiendo, están abusando de la Iglesia. La Iglesia no predica ningún sistema concreto. La Iglesia no ofrece ningún método; pero la Iglesia ofrece los principios de la verdadera libertad: creer en el Dios liberador. Y de allí surgirá para cada hombre su propia opción libre. Todo hombre es libre para optar por el camino político con el cual él quiere ayudar a la patria, tiene derecho a organizarse con otros que piensen como él los caminos de la verdadera liberación.

Lo que Dios da, pues, es una fe profunda en el corazón y hacer sentir al hombre que no hay callejón sin salida; que la pa-

tria, por más oscura que se vuelva su historia, si llega a iluminarse en la conciencia de los hombres la fe, que es iniciativa de Dios, también en el hombre surgirán iniciativas divinas que salven a la patria. Por eso, lo primero que yo le pido al Señor — que todos ustedes pidan en estos días del Salvador del Mundo— es que nuestro pueblo tenga fe. La fe que es un don de Dios y que, gracias al Señor, se nos ha dado desde nuestra niñez, si no andamos jugando con ella.

En qué consiste esa oferta de Dios

Segundo pensamiento, en qué consiste esa oferta de Dios. En las lecturas de hoy, queridos hermanos, además de la iniciativa divina, aparece en qué consiste ese Evangelio. Entendido Evangelio en el sentido que lo mencionaba San Pablo. Evangelio: “fuerza de Dios”, misterio escondido de Dios que se revela, misterio de salvación ofrecido a los hombres. ¿En qué consiste esto que yo quisiera ahora tener toda la claridad de un lenguaje para que me la comprendieran hasta el más sencillo de los que me están escuchando?

Rm 1, 16

Mt 11, 27

En primer lugar, consiste en un conocimiento. Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y al Hijo nadie lo conoce sino el Padre y aquel a quien el Padre se lo quiera revelar. Ante todo, es un conocimiento; pero no es un conocimiento de difíciles teorías. Naturalmente que es tan profundo que le da tema a los teólogos para que investiguen cada vez más. Pero es tan sencillo que Cristo nos llega a decir ahora: lo has revelado a los sencillos, a la gente más humilde; en cambio, lo has escondido a los soberbios. Es un conocimiento, queridos hermanos, es un conocimiento que cualquiera de ustedes y yo, el más sencillo de todos ustedes, puedo tener: de que existe un Cristo, Hijo de Dios, que me vino a revelar que Dios me ama; que existe una vida a la cual Dios me hace participante; que existe, más allá de la historia presente, la historia definitiva, donde el Padre, con los brazos abiertos, me está esperando; que en mis momentos de angustia no estoy solo, que a mi lado está alguien que me dice: “Si estás triste, si estás cansado, ven, que yo te voy a ayudar”; sentir esta compañía, conocer a ese alguien que, aunque no lo veo, va tan cerquita de mí.

Mt 11, 25

En esto consiste también: en sentir su contacto. Sentir que Cristo no es un ser teórico, lejano, sino que es un ser tan pre-

sente que me está invitando en todas las circunstancias de mi vida, con esa margarita del Evangelio que hemos leído hoy y que ojalá la guarden en toda su vida: el que se sienta cansado, oprimido, venga a mí y yo lo liberaré, yo le daré descanso. Hagan la prueba, hermanos, hagan la prueba de entrar —como dice el Concilio— en ese santuario íntimo de tu propia conciencia, donde Dios te espera para dialogar contigo, y cuéntale todas tus preocupaciones y problemas, y verás cómo Él te ayuda, respetando tu libertad, a que seas el artífice de tu propio destino.

Mt 11, 28

GS 16

Sentir a Dios presente, que me lo ha enviado el Padre, que ha enviado a su Hijo, Palabra eterna. Yo encuentro, queridos hermanos, en las páginas del Concilio, esta plenitud de la revelación del Padre, cuando habla el documento de la divina revelación, y dice que: “Envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbró a todo hombre, para que habite entre los hombres y les cuente la intimidad de Dios. Jesucristo, Palabra hecha carne, ‘hombre enviado a los hombres’, habla las palabras de Dios y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó. Quien ve a Jesucristo ve al Padre. Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino”.

DV 4

Cosa más bella saber que, cada vez que vengo a misa, en el signo del pan y del vino donde se hace presente, Cristo me está contando la intimidad de la vida de Dios y me está invitando ya desde este mundo a ser un ciudadano de esa vida divina. Porque no hay que esperar a morir para ser feliz con la felicidad de la eternidad; todo aquel que vive la santidad de la vida cristiana ya en esta tierra, ya es un bienaventurado, ya vive en el cielo. Por eso les decía que la verdadera liberación arranca de allí: del corazón del hombre, donde la fe le hace ya poseedor de esa vida eterna.

¿Y qué otra cosa es? En la segunda lectura de hoy, yo les suplico que mediten qué es la redención. Allí San Pablo llega al nervio de una gran discusión cuando encuentra el origen de las dos grandes corrientes de la humanidad: la maldad y el bien. La maldad tiene su origen en la carne y el bien en el espíritu. Y hoy con toda claridad San Pablo nos ha dicho: “Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu; ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros”. Y sigue analizando, y es necesario meterse ahora bien

Rm 8, 9

hondo en la teología de San Pablo y de la Biblia para saber decir qué es en el sentido bíblico esa palabra, “carne”.

GS 14 Carne, esta blandura que nosotros llevamos forrando nuestros huesos; carne, que puede tener un sentido muy alto, como cuando el Concilio nos exhorta a honrar nuestro cuerpo y dice: “No debe el hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe de tener por bueno y honrar su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado, experimenta, sin embargo, la rebelión del cuerpo. La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que la esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón”. En este párrafo del Concilio, encuentro yo toda la teología bíblica de la carne. La carne es criatura de Dios. Dios ha hecho nuestro cuerpo y lo ha hecho maravilloso, hasta llegar a decir el Concilio que el cuerpo humano es como la síntesis de todo el mundo material, y donde el mundo material encuentra la expresión libre para agradar, alabar, agradecer a Dios que ha creado la maravilla del mundo material.

GS 14

Pero este cuerpo maravilloso, obra de Dios, glorificación de Dios, por el pecado se ha hecho esclavo de pasiones. Y entonces tenemos la carne en el sentido peyorativo: carne en sentido de provocación al mal; carne en el sentido de debilidad; carne en el sentido de amor a las drogas, al aguardiente, a las comilonas; todo aquello que agrada a la carne sin tener en cuenta el espíritu. Carne, la debilidad humana que transporta al hombre al pecado. La carne sometida por el pecado es instrumento de maldad, pero que hay que redimirla.

GS 3 Y este es el esfuerzo de la redención, del cual nos habla Pablo ahora: la carne también se redime. Ya no hay que decir, hermanos, “la salvación de mi alma”. Hay que decir, como dice el Concilio: es todo el hombre que hay que salvar, “alma y cuerpo, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad”. Es el hombre entero con sus relaciones sociales, es el hombre dueño de la naturaleza, es el hombre que tiene que administrar, bajo el imperio de la ley de Dios, los bienes que Dios ha creado para todos. Es el hombre imagen de Dios, que, si se ha hecho débil por el pecado en la carne, también cuenta con la redención en el Espíritu.

El Espíritu, que resucitó la carne de Cristo y que ha hecho de una carne humana, carne de perenne juventud en la gloria de la resurrección, está clamando también en el cuerpo de todo

hombre y de toda mujer que quiera vivir según el Espíritu, y no según la carne, las exigencias de una dignidad que no tiene nombre. Cómo sería útil en este momento, en que la carne se enseña de los hombres, sobre todo de los jóvenes, de los matrimonios, de aquellos que quieren usar sus cosas para halagar su carne, poner la carne bajo el dominio del Espíritu y hacer de los hombres verdaderos redimidos en el alma y en el cuerpo, redimidos por el Espíritu en todo su ser humano y en todas sus relaciones humanas y con la creación.

Porque la creación ha sido puesta bajo el dominio del hombre y el hombre, si está dominado por la carne, somete al pecado la creación y la hace egoísta, la hace idólatra. En cambio, el hombre que se deja dominar del Espíritu eleva consigo a la naturaleza entera y hace, de la posesión del bien que Dios ha creado para la felicidad de todos, verdaderamente una armonía, que ya de esta tierra hace una antesala de aquel cielo donde —dicen los padres— ya no existe mío ni tuyo¹², sino que existe la única voluntad de mi Padre que nos hace felices a todos los hijos de Dios.

Quiénes reciben y quiénes no pueden recibir esta ofrenda que Dios nos trae por iniciativa suya

Por eso termino, hermanos, con este tercer pensamiento: quiénes reciben y quiénes no pueden recibir esta ofrenda que Dios nos trae por iniciativa suya. La palabra de Dios es hoy bien evidente. Debió ser un momento, iba a decir, de desilusión, cuando Cristo veía las grandes muchedumbres que lo seguían, pero entre ellos, solo gente sencilla: campesinos, pescadores. Y si acaso algún sabio se acercaba, lo veía retirarse con desdén, como riéndose de la doctrina que aquel loco estaba predicando. Y Cristo cuando se quedó solo, levantando los ojos a su Padre expresa la ternura, la angustia, la aflicción de su corazón: ¿por qué, Padre, ofreciéndoles una doctrina tan bella, no me la quieren creer unos, y otros, precisamente los sencillos, me la aceptan? Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los entendidos y soberbios, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así has querido. Iniciativa de Dios, no tiene la culpa Jesucristo ni la Igle-

Mt 11, 25-26

¹² Cfr. San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre los Hechos de los apóstoles*, VII, 2; PG 60, 65-66.

sia ni el predicador. Y cuando se quieran reír de que solo la gente sencilla nos sigue, aquí está en el Evangelio la explicación.

Za 9, 10

Porque, frente a esta palabra de Dios, hoy se presentan como dos hermosos desfiles. El desfile que la primera lectura menciona cuando Cristo va entrando sobre un borriquito a Jerusalén. Rey de burla parece y, sin embargo, es el rey que salva. Y ante ese rey montado en un burrito, el profeta exclama: “Este viene a desbaratar los carros, los caballos, los arcos guerreros. Él es el que va a hacer la paz de todos los pueblos”, así como el Evangelio compara también con la muchedumbre de los sencillos, los sabios, los autosuficientes, los grandes según el mundo. No es que Dios rechace una clase de hombres y prefiera otra clase de hombres; es que nosotros mismos nos seleccionamos o nos segregamos. El hombre se selecciona; si acepta la palabra de Dios, pertenece a ese resto honroso de Israel. Y el hombre se segrega cuando por su orgullo piensa que la Iglesia, Cristo, están predicando tonteras —y calificativos más repugnantes contra esa doctrina—, como que todo se justifica porque no es digno de los sabios de este mundo. Entonces, queridos hermanos, son los sencillos, los pobres, los hijos de las bienaventuranzas.

Za 9, 9

Cómo quisiera yo que todos los que conmigo están haciendo esta reflexión de la palabra de Dios nos formáramos el propósito de no dejar, en nuestro corazón, que reine el orgullo, la soberbia, la autosuficiencia; de sentir con agradecimiento que la salvación viene de Dios y solamente la aceptan los que con sus brazos tendidos, como el mendigo, sienten la pobreza. En este sentido, decimos que es la Iglesia de los pobres. No la de los que no tienen fortuna pero son ambiciosos; no la de los que no tienen seres¹³ materiales, pero secuestran para robar dinero; no la de los criminales, que desahogan sus resentimientos en odio contra quienes los atropellan; no la del terrorismo. La pobreza, la de las escrituras de hoy: “¡Alégrate, hija de Jerusalén!”. Quién no siente aquí el nombre de María, la hija de Sión, la encarnación de la verdadera pobreza, la virgencita humilde, la que dice que es nada a los ojos de Dios pero que, al mirarla Él, la ha hecho grande el Poderoso, y por ella será alabada durante todas las generaciones y por ella hará cosas grandes la Iglesia. Esta es la

Lc 1, 48-49

¹³Así se oye en la reproducción magnetofónica de la homilía. Probablemente, monseñor Romero quiso decir “*bienes materiales*”.

verdadera pobreza de la Iglesia, esta que yo les he tratado de predicar, queridos hermanos; pobreza que hace consistir su fuerza en su propia debilidad, en su propio pecado; pero apoyado en la misericordia de Cristo, en el poder del Señor; esta Iglesia que no quiere hacer consistir su fortaleza en el apoyo de los poderosos o de la política, sino que se desprende con nobleza para caminar únicamente cogida de los brazos del crucificado, que es su verdadera fortaleza. Esta pobreza de la Iglesia que se predica a los que tienen y a los que no tienen; solo se les pide alma de pobres, alma de desprendimiento, alma de brazos tendidos para esperarlo todo de Dios y no confiar, como en ídolos falsos, en las cosas de la tierra.

Queridos hermanos, el mensaje de hoy es precioso y vale la pena que ahora, viviendo todas las vivencias de nuestra semana, las pobrezas de nuestra vida, nuestra situación sin trabajo, no con un conformismo que adormece, sino con la fuerza de lucha que da la fe, pero con una fuerza que se apoya en Dios, nos acerquemos al altar del Señor. Y allí junto al sacrificio de Cristo, el pobre por excelencia, el único que sufrió siendo rico, desnudo en una cruz y muere necesitado de todo; la pobreza verdadera del que encuentra en Dios su amparo: “En Ti Señor, he puesto mi esperanza y no quedaré nunca confundido”. Esta es la eucaristía que vamos a celebrar. La eucaristía de los pobres, la eucaristía de los que todo lo confían en Dios, la eucaristía de los que no saben odiar, sino perdonar, la eucaristía de los que saben que todos necesitamos de Dios y pedimos unos por otros, como los pobrecitos del Señor, para alcanzar de Dios la riqueza que solamente da a los sencillos y humildes, y niega a los soberbios y orgullosos.

Sal 31, 2